LIBRO dot.com

Rainer Maria Rilke

Elegías de Duino y Sonetos a Orfeo

Nota de presentación

En la obra de Rainer María Rilke (1875-1926), escritor checo de lengua alemana y que inequívocamente pertenece a esta última literatura, se condensa la herencia del neorromanticismo y del simbolismo hasta plasmar una forma de poesía exigente consigo misma hasta el misticismo y plena de alusiones a su propia configuración. Este esfuerzo en busca de la "poesía pura", con seguridad uno de los últimos cronológicamente dentro de la lírica occidental, le costó a Rilke un largo proceso evolutivo, desde la atmósfera romántica de sus primeros poemas y el ingenuo costumbrismo de sus narraciones praguesas hasta la creciente objetividad del Libro de las imágenes y de las Nuevas canciones, desde la experiencia estética y vital de su contacto con Rodin hasta la escasamente velada autobiografía de Los cuadernos de Malte Laurids Brigge.

Las dos últimas obras de Rilke, ambas concluidas en 1922, en un breve período de inspiración, son las Elegías de Duino y los Sonetos a Orfeo. Las primeras habían sido comenzadas en 1912, en Duino, después abandonadas por largo tiempo, y finalmente terminadas en Muzot (Suiza). Los Sonetos, en cambio, fueron compuestos en su integridad en el lapso de fiebre creadora de Muzot. En estas dos colecciones Rilke

alcanza la máxima felicidad expresiva y la mayor riqueza en significaciones de su obra poética. Ambas colecciones son de difícil comprensión, y obligan al lector a una obstinada búsqueda de sus claves, que al fin es recompensada con una claridad que a primera vista parece vedada. Las Elegías oscilan permanentemente entre el tema de la vida y el de la muerte, oponen a la creación estética a la fugacidad temporal, mezclan recuerdos y símbolos personales del poeta y, al final, optan por una aceptación confiada y resignada de la vida. Los Sonetos fueron compuestos como homenaje fúnebre a Vera Ouckama-Knoop; ésta había sido destinada a la danza, pero una enfermedad la fue doblegando; cuando le fue imposible bailar, se consagró a la música y después al dibujo, según las posibilidades que le dejaba el mal, finalmente fatal. Pese a esto, los Sonetos poseen un tono celebratorio: la figura de Orfeo, capaz de las mayores metamorfosis, representa a la poesía misma, aquí triunfante frente a la naturaleza y la muerte.

ELEGÍAS DE DUINO

.

.

.

SONETOS A ORFEO

PRIMERA PARTE

1

¡Y un árbol se elevó!.¡Oh, ascenso puro!.
¡Orfeo canta!.¡Oh, árbol en mi oído!.
Se hizo silencio. Y hasta en él, no obstante,
hubo un nuevo comienzo: signo y cambio.

Del claro bosque, bestias de silencio
salieron de sus nidos y guaridas;
y entonces ocurrió que no por miedo
ni por ardid se estaban tan calladas,

sino por escuchar. Gritos, rugidos,
parecían mezquinos a sus pechos.
Y donde había apenas una choza

para acogerlo, cueva del deseo
con entrada de estacas tambaleantes,
ahí, les creaste un templo en el oído.

2

Y era casi una niña. Y levantándose
de esta dicha sin par de canto y lira,
brillo clara en sus velos matinales
mientras se hacia tálamo en mi oído.

Y en mí durmióse. Y todo era un sueño:

el soto que admiraba, la sentida
pradera, esta sensible lontananza
y también cada asombro que me hería.

Dormía el mundo. Dios cantor, di, ¿cómo
la has hecho tan perfecta que enseguida
no pidió despertar?. Nació y durmióse.

¿Dónde su muerte está?. ¡Oh!. ¿Antes que calle
tu voz descubrirás ese motivo?
¿Dónde, al caer de mí?. Casi una niña...

3
Un dios lo puede. Pero, dime, ¿cómo
ha de seguirlo un hombre con su lira?
Un desacuerdo es él. Donde se cruzan
dos corazones no hay un templo de Apolo.

El canto, como enseñas, no es deseo,
ni afán tras una cosa al fin tenida.
El canto es existir. Para el dios, fácil.
Mas, ¿cuándo somos?. Y ¿cuándo él nos vuelve

a nuestro ser la tierra y las estrellas?
No basta, joven con amar, aún cuando
pugne la voz contra tu boca...aprende

a olvidar que has cantado. El grito pasa.
A la verdad, cantar es otro soplo:
en torno a nada. Un vuelo en Dios. Un viento.

4
¡Oh, vosotros, tiernos!. Una que otra vez
entrad en el hálito que no os tiene en cuenta:
que un vuestras mejillas se divida y tiemble,
reunido de nuevo, detrás de vosotros.

¡Oh, los venturosos!.¡Oh, los salvos, que
sois como el preludio de los corazones!
Arcos de las flechas y blancos de las flechas,
vuestra risa en lagrimas brilla más eterna.

No temáis las penas sufrir; a la tierra
devolvedle el peso de la gravedad.
Graves son los montes, graves son los mares.

Aún los que de niños plantasteis, los árboles,

se han vuelto asaz graves para soportarlos.
¡Ah!...Pero los aires...Pero los espacios...

5
¡No le erijáis estelas!. Que la rosa
no más florezca en su loor cada año.
Porque es Orfeo. Su metamorfosis
se ve en esto y aquello. ¿A qué empeñarnos

por otros hombres?. De una vez por todas,
es Orfeo quien canta. Viene y váse.
¿No basta ya que el cáliz de la rosa
sobreviva unos días muchas veces?.

¡Cómo habéis de entender que él se disipe!
Aunque lo arredre a él mismo disiparse.
Mientras aquí su canto aún se prolonga,

llega a un lugar que no alcanzáis. Las cuerdas
de la lira no estorban sus manos.
Y en tanto llega más allá, obedece.

6
¿No es él uno de aquí?. No, los dos reinos
su vasto ser nutrieron. Con más arte,
doblaría los gajos de los sauces
quien también sus raíces conociera.

No dejéis en la mesa, al acostaros,
ni pan ni leche; atraen a los muertos.
Pero él, en cambio, hechizador, que mezcle
bajo la dulce calma de sus párpados

a toda cosa vista su presencia;
y que la magia de fumaria y ruda
le sea real como el más claro vínculo.

Nada ajar puede su valiosa imagen...
Y ya sea en las tumbas o aposentos
celebre la sortija, el broche, el cántaro...

7
¡La cosa es celebrar!. Uno, elegido,
surge como la mena de la roca.
Su corazón...¡lagar perecedero
de un vino inacabable para el hombre!

Nunca la voz le falla junto al polvo
cuando el divino ejemplo lo transporta.
Todo se cambia en vida, la vid en uva
madura en su sensible mediodía.

A su celebración no la desmienten
ni las regias carroñas de las tumbas,
ni la sombra que cae de los dioses.

Él es un mensajero que perdura.
Y más allá, en el reino de los muertos,
alza las copas de gloriosas frutas.

8
Tan sólo en ese espacio[1] puede, ninfa
de la llorada fuente, andar la Queja,
para velar que el sedimento nuestro
se clarifique ante la misma roca

que sostiene los pórticos y altares.
¡Cómo en redor de sus callados hombros
florece el sentimiento, que es, de todas
las hermanas en alma, la más joven!.

Sabe el Placer, confiesa la Nostalgia.
La Queja aprende aún. Su mal antiguo
con manos mozas en las noches cuenta.

Pero de pronto, sesga y desmañada,
de nuestra voz una constelación
levanta al cielo, que no empaña su hálito.

9
Sólo quien ya alzó la lira
hasta en medio de las sombras,
puede el elogio infinito
presentir y proclamar.

Sólo quien contó amapolas
con los muerto, de las suyas,
ni el acorde más ligero
se ha de perder otra vez.

Si en el estanque a menudo
se nos diluye el reflejo:

---

[1] En el de la celebración.

ten la imagen.

Recién en la doble esfera
se harán las voces
dulces y eternas.

10
Os saludo a vosotros, viejos sarcófagos
que no dejasteis nunca de conmoverme,
a los que el agua alegre de eras romanas
como una peregrina canción recorre.

O a esos tan abiertos como los ojos
de un pastor que despierta contento y mira
-dentro lleno de lamios y de silencio-,
de los que huyen, extáticas, las mariposas.

A todos los que de la duda la ciencia arranca;
a todos os saludo, bocas reabiertas
que ya supieron cuánto vale el silencio.

¿Lo sabemos, amigos?.¿No lo sabemos?.
Una cosa y otra crean la hora
vacilante en el rostro de los humanos.

11
Mira al cielo. ¿Ni una constelación llámase del “Caballero”?
Pues está este orgullo de ser tierra, a fondo
grabado en nosotros. Y un segundo orgullo,
al que aquél conduce, lo excita y refrena.

¿No es así, hostigada y al punto domada,
la naturaleza nervuda del ser?
Camino y recodo. Pero una presión los aviene.
Nueva lejanía. Y los dos son uno.

Mas, ¿lo son?. ¿O sólo de consuno piensan
el camino que hacen? Ya los diferencia
de modo indecible mesa y pradería.

Y también la alianza de estrellas engaña.
Sin embargo, ahora gocemos un rato
En creer de veras la figura. Basta.

12
¡Salve al espíritu que unirnos pueda!
Porque en verdad vivimos en figuras.

Y junto a nuestro día verdadero
con breve paso los relojes marchan.

Sin conocer nuestro lugar exacto,
se funda nuestra acción en lazos reales.
A las antenas las antenas sienten
y se cargó la hueca lejanía...

¡Pura tensión! ¡Oh, ritmo de las fuerzas!
¿No se alejaría de ti cualquier trastorno
si de tareas fáciles te ocupas?.

Por más que el labrador cuide y labore
donde en verano se transforma el germen
no lo alcanza jamás. Lo da la tierra.

13
Manzana llena, pera y plátano...Grosella...
Todo ello en la boca
te habla de vida y muerte cada vez...Lo presiento...
Leedlo en el semblante y en los ojos del niño

cuando las paladea. Y esto viene de lejos.
¿ No se os vuelve en la boca lentamente indecible?
Donde había palabras fluyen ahora hallazgos
que suelta, sorprendida, la carne de las frutas.

A decir atreveos lo que llamáis manzanas.
Esta dulzura suya que silenciosamente
se erige al paladearla, tan sólo se condensa

para volverse clara, despierta y transparente,
de dos significados, solar, terrena, aquende.
¡Oh, experiencia, contacto, deleite!...¡Formidable!.

14
Traficamos con flor, pámpano y fruta.
No hablan sólo el lenguaje de los tiempos.
Se eleva una policroma apariencia
que en su esplendor la envidia de los muertos

lleva quizás, los que a la tierra nutren.
¿Sabemos cuánto en ella participan?
Desde hace mucho es su manera al barro
con su médula suelta fecundar.

Pero hay que preguntar ¿lo hacen con gusto?

¿Cerrada en puño irrumpe hasta nosotros,
sus amos, esta fruta, obra de esclavos?.

¿O los que duermen junto a las raíces
los amos son y de sus sobras dannos
esta entrecosa de vigor y besos?.

15
Esperad. Esto sabe...Ya se escapa...
Música apenas, pasos, tarareos...
Danzad, muchachas mudas y ardorosas,
de las probadas frutas del sabor.

La naranja, danzad. ¡Quién no recuerda
cómo anegándose defiéndese ella
de su propio dulzor!. La habéis tenido.
Se convirtió a vosotras exquisita.

La naranja, danzad. Echaos fuera
la luz de este país para que irradie
los aires de la patria. Enardecidas,

sacad todo su aroma. Emparentaos
con la cáscara pura que se niega,
con el jugo que llena a esta dichosa.

16
Tú, amigo mío, estás a solas porque, porque...
Nos apropiamos de este mundo con palabras
y con señales de los dedos,
quizá la parte más mezquina y peligrosa.

¿Quién con los dedos un olor señalaría?
Mas, de las fuerzas que nos han amenazado
sientes a muchas...y conoces a los muertos
y ante la mágica sentencia te amedrentas.

Mira, se trata de soportar juntos ahora
piezas y partes como un todo. Socorrerte,
será difícil. Ante todo: no me plantes

dentro de ti, que crecería asaz de prisa. Sólo quiero
guiar la mano de mi señor para decirle:
Aquí señor. Es Esaú con su pelleja.

17
En lo más profundo, confuso, el abuelo,

la raíz de todos
los seres formados, manantial secreto
que nunca miraron.

Casco de rebato, corneta de caza,
sentencia de ancianos,
hombres con la furia hermanos, mujeres
que fingen laúdes.

Gajos que se empujan con los otros gajos;
ni un ramo más libre.
¡Uno!. Sube...¡Oh, sube!.

Pero al fin se quiebra.
Este, sin embargo, se eleva entre todos
y se curva en lira.

18
¿No oyes, Señor, a lo nuevo
crujir, temblar?.
Llegan los anunciadores
que lo exaltan.

Verdad que ningún oído
está a salvo del estruendo;
t no obstante, lo mecánico
quiere alabanzas ahora.

Mira la máquina: ¡Cómo
se revuelca y venga!.¡Cómo
nos desfigura y agobia!.

Aunque nos debe a nosotros
toda su fuerza, impasible,
funciona y sirve.

19
Cambia el mundo prestamente
como figuras de nubes,
todo lo acabado cae
al seno de lo vetusto.

Por sobre el cambio y el ímpetu,
más vasto y libre
resuena aún tu preludio,
dios de la lira.

Las penas no son conscientes,
ni el amor es aprendido,
ni se sabe qué en la muerte

nos separa.
Tan sólo el canto celebra
y santifica.

20
¿Dime, Señor, qué he de ofrendarte?¿A ti,
que enseñaste el oír a las criaturas?
Mi recuerdo de un día de primavera:
atardecía en Rusia... Y un caballo...

Venía solo de la aldea, el blanco
con la estaca en la traba de las manos
a estar solo, de noche, en las praderas.
¡Cómo las ondas de su crin golpeaban

en su pescuezo al ritmo de su brío,
en su galope a saltos, estorbado!
Su sangre de corcel, ¡cómo latía!

Sentía, sí, la inmensidad...Y ¡Cómo!
Cantaba, oía...el ciclo de tus fábulas
se cerró en él.
Su estampa: Te la ofrendo.

21
La primavera ha vuelto. Como niña
que sabe poesías es la tierra.
Sabe una infinidad...Por el esfuerzo
de este largo aprender recibe un premio.

Duro fue su maestro. Desearíamos
el blanco de la barba de este anciano.
Podemos preguntarle por el nombre
del verde, del azul: ¡Ella lo sabe!.

Tierra feliz, de vacaciones, juega
con los niños. Queremos atraparte
y lo hará el más alegre. ¡Oh, tierra alegre!.

Cuando el maestro le enseño, lo múltiple,
cuanto en raíces y torcidos troncos,
está como grabado: ¡Ella lo canta!.

22
Somos los impulsivos.
Pero el correr del tiempo
no lo tengáis en cuenta
frente a lo que perdura.

Todo lo que es de prisa
ya habrá pasado;
tan sólo lo durable
podrá iniciarnos.

¡No os arriesguéis, muchachos,
tras la premura,
ni tras el vuelo!.

Todo está en calma; sombras
y claridades,
la flor y el libro.

23
¡Oh, sólo entonces, cuando el vuelo
ya no se eleve por capricho
a los silencios de los cielos,
para jugar, dentro de sí,

con los perfiles luminosos
al favorito de los vientos,
como instrumento bien logrado
flotando esbelto y decidido,

sólo recién cuando un fin puro
de los crecientes aparatos
venza el orgullo de muchacho,

será, abrumado de ganancia,
aquél que rasa lejanías
lo que en el vuelo alcance solo!

24
¿Debemos repudiarlos a los viejos amigos
los grandes dioses nunca majaderos, porque hoy
el acero que graves moldeamos, los ignora?
¿O quizás de improviso buscarlos en un mapa?

Estos fuertes amigos que a los muertos nos quitan,
no tocan nuestras ruedas. Distantes mantenemos
los convites...los baños. Desde hace mucho tiempo

nos son sus mensajeros en demasía tardos;

siempre los superamos. Y cada vez más solos
y más necesitados unos de otros y extraños,
no hacemos ya las sendas cual meandros, sino rectas.

Y sólo en las calderas arden los viejos fuegos
y levantan martillos cada vez más pesados.
Pero perdemos fuerzas como los nadadores.

25
¡Quiero evocarte una vez más ahora! ¡A ti, que conocía
como una flor temprana cuyo nombre no tengo en la memoria!
Y mostrarte una vez ante los otros, a ti ¡la arrebatada!
Hermosa compañera de infancia, del grito insuperable.

Danzarina primero, de improviso su cuerpo vacilante
se contuvo y paró, como vaciada su juventud en bronce;
toda de duelo y el oído atento...Fue pues cuando la música

cayó en su corazón transfigurado desde los altos cielos.
La enfermedad rondábala de cerca. Ya presa de las sombras,
la asfixiaba su sangre oscurecida. Y sin embargo, no era
más que un vano temor: su primavera de nuevo renacía.

Y por la sombra y la caída a ratos interrumpido, un brillo
terrestre le volvía. Hasta que horribles latidos la crisparon
y franqueó la puerta inconsolable, terriblemente abierta.

26
Pero Tú, Divino, cuya voz al cabo siguió resonando
cuando de las Ménades, que Tú desdeñaras, te asaltó el enjambre;
con tu melodía la enconada grita venciste, ¡oh, Hermoso!
tu juego fecundo se elevó por sobre las demoledoras.

Pues ninguna pudo romperte la lira ni herir tu cabeza,
por más que pugnaran y se enfurecieran y contra tu pecho
te arrojaran todas las piedras filosas, que al rozar contigo
se volvían toda dulzura y al punto dotadas de oído.

Pero te aplastaron al fin, furibundas, locas de venganza;
mientras en peñascos aún y en leones tu voz perduraba,
y en pájaros y en árboles. Ahí es donde ahora cantas todavía.
¡Oh, Tú, Dios perdido!.¡Tú, huella infinita!. Sólo porque el odio
desgarró tu cuerpo divino y al cabo lo esparció en pedazos,
somos los *oyentes* ahora y la *boca de todas las cosas*.

SEGUNDA PARTE

1
¡Respirar!.¡Oh, invisible poema!
Cambio puro y continuo de nuestro
propio ser y el espacio del mundo. Equilibrio
donde rítmicamente acaezco.

Única ola cuyo
mar progresivo soy;
el más parco de todos los mares posibles...
ganancia de espacio.

¡Cuántos de estos espacios ya dentro estuvieron
de mí!.¡Cuántos vientos
son como mis hijos!

¿Me conoces, Aire, lleno aún de sitios que antes fueron míos?
¿Tú, que fuiste alguna vez de mis palabras
la corteza lisa, la curva y la hoja?.

2
Cual la hoja, presto más cerca, al maestro
arrebata a veces el trazo genuino:
así los espejos a menudo toman
la santa sonrisa sin par de las jóvenes

cuando solitarias prueban la mañana
o se hallan al rayo de la luz solícita.
Tan sólo un reflejo, más tarde, en el hálito
de los verdaderos semblantes caerá.

¡Cuántos ojos, antes, vieron las cenizas
del lento apagarse de las chimeneas;
miradas de vida, ciegas para siempre!

¡Ah!.¿Quién de la tierra conoce las pérdidas?
Sólo quien con acento de alabanza
cantara al corazón, nacido al Todo.

3
Espejos: jamás a sabiendas
se ha dicho qué sois en esencia. Vosotros
que fingís intervalos del tiempo
llenos de agujeros sonoros de cribas.

Seguís derrochando la sala vacía
cuando ha oscurecido, vastos como selvas.
Y en vuestra inviolable superficie, el lustre
como cornamenta de ciervo atraviesa.

Estáis muchas veces llenos de pinturas.
Algunas parecen que os han entrado;
pero a otras, huraños, las dejáis que pasen.

Pero la más bella quedará hasta cuando
más allá, en sus puras y tersas mejillas,
claro y liberado penetre Narciso.

4
Este es el animal inexistente.
Sin saber, lo han amado en cada gesto
-en su marcha, en su porte, en su pescuezo-,
hasta en la luz de su mirar callado.

No era, en verdad. Pero al amarlo, se hizo
puro animal. Espacio le dejaban.
Y en este espacio, puro y reservado,
tendía, esbelto, su cabeza. Apenas

necesitaba ser. No lo nutrieron.
Con la ilusión de ser sólo vivía
y ésta le dio tal fuerza que en la frente

le creció al animal un cuerno. Un *cuerno*.
Se allegó, blanco, al lado de una virgen
y en el plateado espejo fue y en ella.

5
¡Oh, músculo de flor, que abre despacio
las albas de los prados a la anémona,
mientras la luz polífona en su seno
de los sonoros cielos se derrama!

¡Músculo de la callada flor-estrella
tendido en infinito acogimiento!
¡Tan agobiado a veces de abundancia
que del ocaso al signo de reposo

apenas puede replegar los bordes,
sobremanera abiertos, de sus pétalos!
¡Tú, fuerza y decisión de tanto mundos!

Más duramos nosotros los violentos.
¿Pero cuándo, en cuál vida nos abrimos
y somos finalmente acogedores?:

6
¡Oh, rosa, la flor reinante!. Para los antiguos fuiste
un cáliz de bordes simples.
En cambio, para nosotros eres la flor plena, múltiple,
de inagotable presencia.

En tu riqueza pareces como un vestido sobre otro
vestido, en torno de un cuerpo de nada más que esplendor.
Mas, cada una de tus hojas al mismo tiempo que evita,
niega toda vestidura.

Desde siglos tu perfume
nos transmite el llamamiento de tus dulcísimos nombres.
Súbitamente descansa como una gloria en el aire.

Sin embargo, no sabemos darle un nombre; adivinamos...
Y sobre él salta el recuerdo,
el recuerdo que imploramos a las horas evocables.

7
Flores, al fin parientes de las suaves manso ordenadoras,
-manos de las muchachas de otros tiempos y de hoy-
que sobre los arriates a menudo, de una orilla a otra brilla,
reposáis, extenuadas y tiernamente heridas,

esperando que el agua, todavía, una vez más os salve
de la muerte que había comenzado. Y ahora,
de nuevo recobradas y sujetas en los fúlgidos polos
de sensitivos dedos que, para hacer el bien,

son mucho más capaces -¡oh, livianas!- de lo que presentíais;
cuando os halléis de nuevo puestas en los jarrones,
tomando fresco y dando de vosotras el calor que las mozas

dan en las confesiones, como turbios pecados agobiantes
que cometió al cortaros la podadera, nueva
relación con las manos que se os unen en el florecimiento...!

8
A la muerte de Egon von Rilke
¡Pocos entre vosotros, compañeros de infancia,
en los diseminados jardines de la urbe;

cómo nos encontrábamos y, tardos, congeniando,
como el cordero y la hoja parlante, conversábamos

como en silencio!. A nadie pertenecía el júbilo
si alguna vez podíamos gozarlo. ¿De quién era?.
¡Y cómo se nos iba por entre los viandantes
y también en la angustia del año interminable!.

Alrededor y extraños, carruajes que pasaban...
y casas imponentes pero irreales...nunca
nos conoció ninguna. ¿Qué había allí de cierto?

Nada. Sólo las balas. Sus magnificas curvas.
Ni los niños...No obstante, venía alguno a veces
y atravesaba -¡ay!- bajo la bala que caía.

9
No os alabéis, ¡oh, juzgadores! De prescindir de las torturas
y no apretar ya las gargantas en la argolla del suplicio.
No se enaltece un corazón...porque un arranque
intencionado de clemencia os dulcifique las maneras.

Cuanto en los siglos recibiera es un regalo que el patíbulo devuelve,
como los niños el juguete del cumpleaños precedente.
Al corazón abierto a ciegas, noble y puro,
de otra manera llegaría el ser divino de la clemencia verdadera.

Él llegaría con violencia y cundiría en torno suyo esplendoroso,
como los dioses acostumbran. *Más* que un viento
para los recios, grandes barcos;

y *nada menos* que la muda contemplación honda y secreta
que en su silencio, íntimamente, nos conquista como el niño
que juega plácido, nacido de un infinito apareamiento.

10
La máquina toda conquista amenaza
en tanto pretende regir el espíritu en vez de acatarlo.
Para que no luzca la duda sublime de la mano espléndida
para el edificio más audaz le corta, rígida, las piedras.

Jamás retrocede, para que *una sola vez nos* escapemos
y en la enaceitada silenciosa fábrica sea de sí misma.
Es la vida...cree que ella la comprende mejor que ninguno,
ella que con ciega decisión ordena, produce y destruye.

Mas para nosotros la existencia tiene todavía encantos.

Es en cien lugares una fuente...un juego de energías puras
al que nadie toca si antes de rodilla no cae y lo admira.

Aún las palabras rondan suavemente junto a lo Indecible.
Y desde las piedras que más tiemblan, siempre nueva, en el inútil
espacio, la música es divinizada en mansión edífica.

11
¡Oh!. Más de un órgano de muerte nació de un cálculo tranquilo
-¡hombre imperioso!- desde el día que te empecinas en la caza;
ya te conozco sin embargo más que a la trampa y al garlito,
franja de tela suspendida dentro del Carso cavernoso.

Te introdujeron a hurtadillas, como si fueras un emblema,
nuncio de paz. Pero enseguida: te sacudieron por el borde;
y de las cuevas, un puñado de blancas zuras tambaleantes
lanzó la noche hacia la luz...
Y también esto es de derecho.

Lejos esté de los que miran toda aflicción y no tan sólo
del cazador que vigilante y activamente lleva a cabo
lo que a su tiempo ocurriría.

Porque matar es una forma de nuestro duelo vagabundo.
En el espíritu sereno, puro es todo
lo que en nosotros acontece.

12
Quiere la transformación. Sé extasiado por la llama
de donde algo se te escapa que ostenta metamorfosis;
ese espíritu que rige la tierra, rico en proyectos,
prefiere a todo en el vuelo de la figura la vuelta.

Lo que acaba deteniéndose ya está petrificado.
¡Se cree a salvo al amparo de su gris imperceptible?.
Espera: advierte de lejos su dureza lo más duro.
¡Ay de ti!...el martillo ausente se levanta para el golpe.

Al que se derrama en fuente conoce el conocimiento
y a través del orbe plácido lo conduce, que a menudo
termina por el principio y comienza por el fin.

Todo espacio es hijo o nieto, feliz, del separamiento
al que atraviesan atónitos. Y la transformada Dafne,
desde que laurel se siente, desea que seas viento.

13

Precede a toda despedida, cual si estuviera tras de ti,
como este invierno que se marcha por momentos.
Pues entre todos los inviernos, hay un invierno tan inmenso
que, si lo pasa, íntegramente, vivirá tu corazón.

Sé siempre muerto como Eurídice...Sube cantando más, remonta
con más acopio de alabanzas hacia la pura relación.
En el tropel de los que pasan, acá en el reino del descenso,
sé tú la copa sonorosa, la que se rompe cuando suena.

Sé, conociendo al mismo tiempo la condición de lo que *no es*,
el infinito fundamento de tu recóndito aleteo
para que al fin cumplas tu vuelo, una vez sola, plenamente.

Tanto a los bienes que ya se usan, como a los mudos y escondidos,
a esas reservas indecibles de la total naturaleza,
añádete con alborozo y mata el número.

14
Contempla las flores, éstas a las cosas de la tierra fieles,
a las que un destino de la periferia del destino damos...
No obstante, ¡quién sabe!. Cuando el marchitarse las apesadumbra
nos toca a nosotros ser su pesadumbre.

Porque todo quiere flotar. Y nosotros rondamos, pesados,
y aplastamos todo contentos del peso.
¡Oh!. Para las cosas, ¿qué maestros somos que las devoramos
porque ellas disfrutan de una eterna infancia?.

Aquél que penetre su íntimo reposo y profundamente
se duerma con ellas, ¡qué ligero entonces saldría y distinto
para el día vuelto distinto, del hondo dormir en común!.

O acaso se quede. Lo festejarían y florecerían
para el convertido, a cualquiera de ellas parecido ahora,
a todas las quietas hermanas al viento de las praderías.

15
¡Boca de fuente!.¡Oh, dadivosa!.¡Oh, boca
que habla un idioma puro inagotable!.
¡Tú, máscara de mármol ante el rostro
fluyente de las aguas!.
Y en el fondo,

venida de acueductos. Junto a tumbas
desde lejos, flanqueando el Apenino,
te conducen la voz que luego, sobre

la negra ancianidad de tu barbilla

saltando, cae en el tazón de enfrente.
Este es la oreja que tendida duerme.
Es la oreja de mármol en la que hablas.

Oreja de la tierra que consigo
platica así. Si un cántaro le pones,
le parece, en verdad, que la interrumpes.

16
Dios, al que el hombre de continuo hiere
es el lugar que cura. Saber quiere
nuestro sutil ingenio, pero Él vive
sereno y compartido.

Hasta la pura y consagrada ofrenda
no la acoge en su seno de otro modo
que contra el libre término a que aspira
oponiéndose, inmóvil.

Tan sólo el muerto bebe de la fuente
que desde aquí sentimos, cuando al muerto
Dios lo llama en silencio.

No más que estruendo se nos brinda. Mientras,
pide el cordero su cencerro a impulsos
de un instinto más calmo.

17
¿Dónde, pues, en qué jardines de riego perenne, en qué árboles,
en qué cálices de flores tiernamente deshojadas
maduran esas extrañas, raras frutas del consuelo?.
¿Esas frutas deliciosas que quizás has de encontrarlas

en las pisoteadas vegas de la pobreza?. Cien veces
lleno de gozo te asombras del tamaño de la fruta,
de su lozanía y de la ternura de su hollejo,
de que el ave casquivana no te haya arrebatado ni la envidia del gusano

en las raíces. ¿No hay árboles que los ángeles revuelan
y tan misteriosamente cultivan tardos y ocultos
jardineros, que sus frutas nos dan, sin pertenecernos?.

¿No hemos podido jamás, nosotros sombras y esquemas,
con nuestros actos maduros de antemano y luego mustios,
turbar la serenidad de ese tranquilo verano?.

18
Danzarina. ¡Oh, transferencia
de todo extinguirse en tránsito!.¡Cómo te diste en ofrenda!.
Y el torbellino del fin, este árbol de movimiento
¿no se tomó en posesión todo el año acumulado?.

¿No floreció de repente su follaje de silencio
para que tu vuelo al punto lo enjambrara?. Encima de él,
¿no fue sol, no fue verano y calor, ese calor
que emanas, innumerable?.

Pero también se cargaba, se henchía tu árbol de éxtasis.
¿No son frutas serenas: el cántaro que madura
en círculos y la copa más madura todavía?.

¿Y acaso no ha perdurado el dibujo –en las imágenes-
por el trazo renegrido de tus cejas al instante
en el emparedamiento de tu propio giro inscripto?.

19
En cualquier parte del banco que lo halaga vive el oro
y de miles se granjea la confianza. Sin embargo,
ese ciego, ese mendigo, hasta para el real cobre
es como un sitio perdido, como un rincón polvoriento.

El dinero en los negocios se encuentra como en su casa
y disfrazándose finge: seda, claveles, pelliza.
El mendigo, silencioso, está en la pausa del hálito
del dinero, que despierto o ya dormido respira.

¡Oh, cómo esa mano abierta puede cerrarse en la noche!
Mañana vendrá el destino en su busca y cada día
la tenderá: clara, mísera, infinitamente frágil.

¡Que alguien al fin, un vidente, su larga estancia admirando,
la entienda y celebre!. Sólo decible para el cantante.
Sólo para un dios audible.

20
¡Qué grandes distancias entre las estrellas!. Y, no obstante, mucho
más grandes distancias se ve en lo de aquí.
Entre un ser humano, por ejemplo un niño...y otro, el más cercano
¡oh, qué inconcebible, qué enorme distancia!.

Quizás el destino nos aplica el método de *lo que es* y entonces
nos parece extraño.

Piensa cuántos metros separan al hombre ya de las doncellas
cuando lo rehuyen y sueñan con él.

Todo está distante...y en ninguna parte se completa el círculo.
Observa en el plato qué rara la cara del pez, en la mesa
puesta alegremente.

Los peces son mudos...se creía en tiempos pasados. ¿Quién sabe?
Pero, ¿no hay al cabo sitio alguno donde *sin ellos* se hable
lo que de los peces sería el lenguaje?.

21
Corazón: canta a los jardines que no conoces, los jardines
como vaciados en cristal, claros, remotos.
Aguas y rosas de Ispahán y de Chiraz,
canta su gloria y su ventura, incomparables...

Corazón: muestra que jamás te los vedaron
y que los higos que maduran te recuerdan;
que entre los gajos florecientes te entretienes
con sus favonios, como a rostros ascendidos.

Evita el yerro de creer que hay privaciones
para el propósito de ser, cuando acaece.
Hilo de seda, penetraste en su tejido.

Estés unido a una cualquiera, en lo interior, de sus imágenes
(aún cuando sea en un momento de congoja),
siente que mienta todo el tapiz digno de gloria.

22
¡Oh, a pesar del destino: el magnifico exceso
de nuestra vida en parques se desborda espumante;
o se alza como estatuas de piedra sosteniendo
sendas claves de bóveda en las altas fachadas!.

¡Oh, campana de bronce que levanta su maza
todos los días contra la vulgar estulticia!.
¡Oh, columna de Karnak, la única, columna
que sobrevive a templos poco menos que eternos!.

Hoy, los mismos sobrantes no son más que una prisa
desde el día amarillo y horizontal tumbada
sobre la noche grávida de luces deslumbrantes.

Pero la furia pasa sin dejar huella. Curvas
de vuelos en el aire, quienes trazan las curvas...

Nada quizás es vano. Pero en cuanto es idea.

23
Llámame a ésa de tus horas, ésa
que te resiste sin cesar, como una
cara de perro suplicante y próxima,
pero evasiva cada vez y ausente

cuando supones que por fin la atrapas.
Es lo más tuyo lo que así se escurre.
Somos libres. Llegónos el despido
cuando el primer saludo imaginábamos.

Buscamos un sostén con ansia. A veces
para lo viejo demasiado jóvenes
y viejos ya para lo nunca sido.

Somos justos recién cuando elogiamos;
porque somos la rama y el acero
y la miel del peligro que madura.

24
¡Oh, el deleite siempre nuevo de ser de barro mullido!.
Casi nadie a los primeros intrépidos ha ayudado...
Y en los golfos venturosos nacieron urbes, no obstante,
y no obstante se llenaron de agua y aceite las ánforas.

Primero en trazos audaces concebimos a los dioses
que el destino nos destruye de nuevo, malhumorado.
Pero son los inmortales. Mirad: nosotros podemos
escucharle las palabras a Aquél que al fin nos atienda.

Una raza de milenios, nosotros: madres y padres,
a los que el niño futuro nos llena más cada día,
el que habrá de conmovernos, superándonos más tarde.

¡Y cuánto tiempo tenemos, nosotros los temerarios!
Pues la taciturna muerte sólo sabe lo que somos
y lo que ella siempre gana cuando nos otorga un préstamo.

25
Escucha: ya se oyen andar los rastrillos;
la tarea humana de nuevo, en la tierra
que guarda silencio, cunde a los augurios
de la primavera. Se te ofrece, pleno

de sabor, lo que ha de venir. Lo que tanto

te vino, parece que otra vez te llega
como cosa nueva. Tan deseada y nunca,
jamás la prendiste. ¡Y ella te ha prendido!.

Hasta los marchitos follajes de encina
de tarde parecen mosto que fermenta.
A veces los aires se hacen una seña.

Negra está la hierba. Pero hay en las vegas,
negro más compacto, montones de estiércol.
Cada hora que pasa se torna más joven.

26
¡Cómo el grito del pájaro nos pasma!.
Donde quiera que el grito se produzca.
Jugando al raso los chiquillos gritan
y junto al grito verdadero pasan.

Le gritan al azar. Y de este espacio
(donde el grito del pájaro entra *salvo*
como un hombre en el sueño), en sus resquicios,
ellos meten la cuña de su grita.

¡Ay!.¿Dónde estamos?. Cada vez más libres
revoloteamos cual cometas sueltas
cuyas orlas de risa tunde el viento.

¡Oh, dios cantor!. Ordena a los que gritan
que se despierten susurrando y lleven
cabeza y lira a ras, como un torrente.

27
¿Hay realmente un tiempo que destruye?.¿Cuándo
destruirá el alcázar sobre la dormida montaña?. El demiurgo,
¿cuándo hará violencia de este corazón
que infinitamente se debe a los dioses?.

¿Somos tan terriblemente deleznables
como quiere hacernos creer el destino?
¿Se hallará más tarde la niñez, la honda,
la todo promesas, muda en las raíces?

¡Dios mío!. El fantasma de la brevedad
atraviesa como si fuera de humo
al que es candorosamente susceptible.

Tal cual somos, como los efímeros,

en tanto que de uso divino valemos,
sin embargo, cabe las fuerzas que duran.

28
¡Oh, ven y ve!. Casi una niña: sea
por un instante el giro de tu danza
pura constelación en la que, un día,
a la Natura, ordenadora sorda,

aventajemos. Al cantar Orfeo
recién movióse atenta. Desde entonces
fuiste la danzarina y con ligera
sorpresa, cuando un árbol, caviloso,

marchó contigo al ritmo del oído.
Sabíais el lugar donde la lira
sonando estaba...el inaudito centro.

Ensayaste por él hermosos giros:
para la Fiesta Santa atraerías
los pasos y los ojos de tu amigo.

29
Siente, amigo de tantas lejanías,
cómo el espacio con tu aliento crece.
Hazte tañer de bronce en la armadura
de la sombría torre. Se hará fuerte

con su alimento lo que en ti se nutre.
En la metamorfosis entra y sale.
¿Cuál es la más penosa de tus pruebas?.
Si amargo te es beber ¡cámbiate en vino!.

Sé, en esta noche de desmán, conjuro
cuando entre sí se crucen tus sentidos;
sé de este raro encuentro su sentido.

Y si lo que es terrestre te olvidara,
a la tranquila tierra dile: Fluyo;
al agua presurosa dile: Soy.